



# El Papa Luna

josé luis cano

## EL PODER Y LA LUNA

José Luis Cano, hogareño y familiar, hijo y padre de canos como a él mismo le gusta divulgar, me ha elegido prologuista de este libro en mi condición de cónyuge de una presunta descendiente del Papa Luna. Ana se apellida, por parte de madre, Gascón de Gotor (que le viene de doña María Pérez de Gotor, madre del protagonista) y mi suegra, MadreAna, ha llevado por eso, entre otras cosas, siempre la cabeza muy alta. Cuando acaben de leer la apasionante biografía de Pedro de Luna comprenderán perfectamente por qué me apresuro a nombrar a mi mujer y a mi suegra en este primer párrafo introductorio. Y si no lo comprenden es que no han comprendido nada de la biografía de este papa tan peleón, carácter que yo no dudo en achacar a herencia materna.

Aparte de la cuestión femenina también me importa señalar la cuestión nacional: hubo, como se sabe, varios emperadores hispanos pero sólo un papa español, que además fue aragonés. Lo cual demuestra que es más fácil para un español llegar al trono de un imperio nada menos que como el romano que a la silla papal. El único que lo consiguió eligió un nombre con el número trece, que ya son ganas. Pues no pararon hasta quitárselo, como lo demuestra que el actual papa se llama Benedicto XVI en vez de XVII. Existió pero no existió. ¿Rasgo aragonés?

La comparación entre sillas, tronos e imperios me parece oportuna porque la vida del Papa Luna evidencia que en todos los palacios, incluso en los palacios papales, lo que

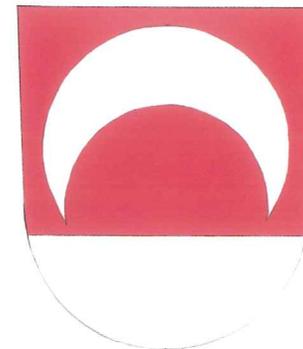
importa es el poder, y cuando eso ha sucedido en varios palacios papales a la vez la cosa se ha puesto muy chungu no sólo para toda la cristiandad sino para todo bicho viviente, por lo que resulta notablemente beneficioso *urbi et orbe* que sólo haya un papa detrás de otro.

Quien lea este nuevo libr(it)o de Cano aprenderá mucho sobre todo este asunt(it)o del poder, los palacios y el papado, lo que sin duda responde a un plan educativo sabiamente diseñado por José Luis desde que comenzó a lanzar cartillas como platillos volantes desde su más allá a nuestro más acá. ¿Comprenderemos alguna vez en qué mundo vivimos y cuál es el mejor método para acercarnos a su comprensión?

El papa Luna se mantuvo en sus trece, lo cual no le sirvió de nada. Cano se mantiene tal cual, que viene a ser lo mismo pero en laico, pintor, artista gráfico, escritor, hombre de paz y somarda, y eso sin duda le está sirviendo de mucho en la vida. ¿Cano candidato a papa, nuestro segundo papa aragonés? ¿La Expo trampolín de una nueva gran ilusión regional o nacional (según quede el nuevo Estatuto)?

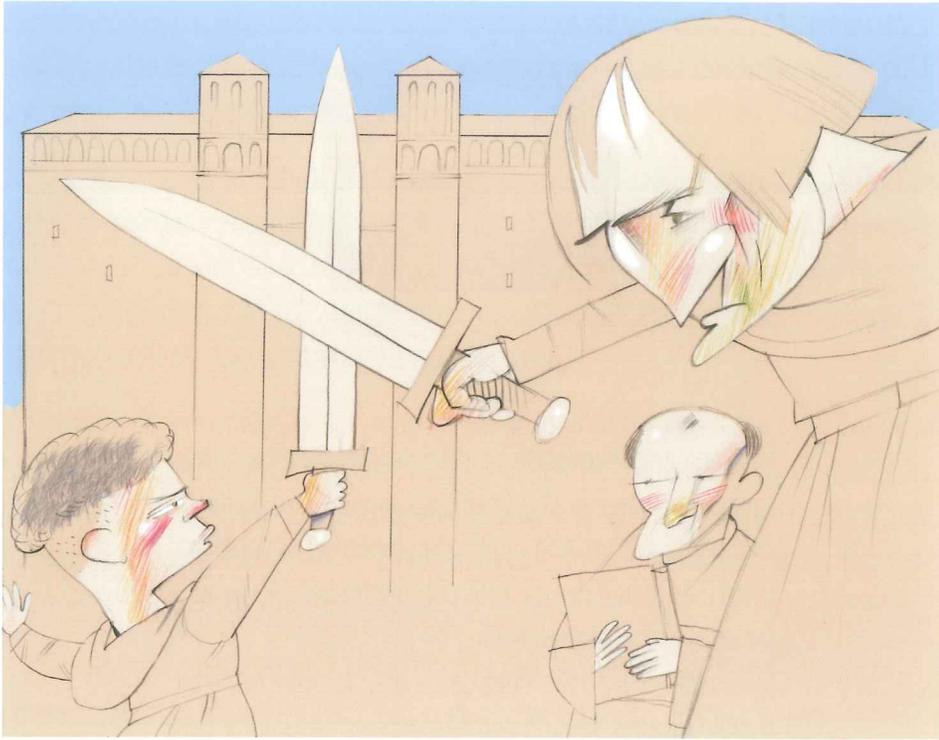
Por mi parte, sólo me atrevo a señalar que el que hace de Vicente Ferrer en este libro se parece sospechosísimamente a Don Luis Buñuel. ¡Sabio Cano!

Javier DELGADO

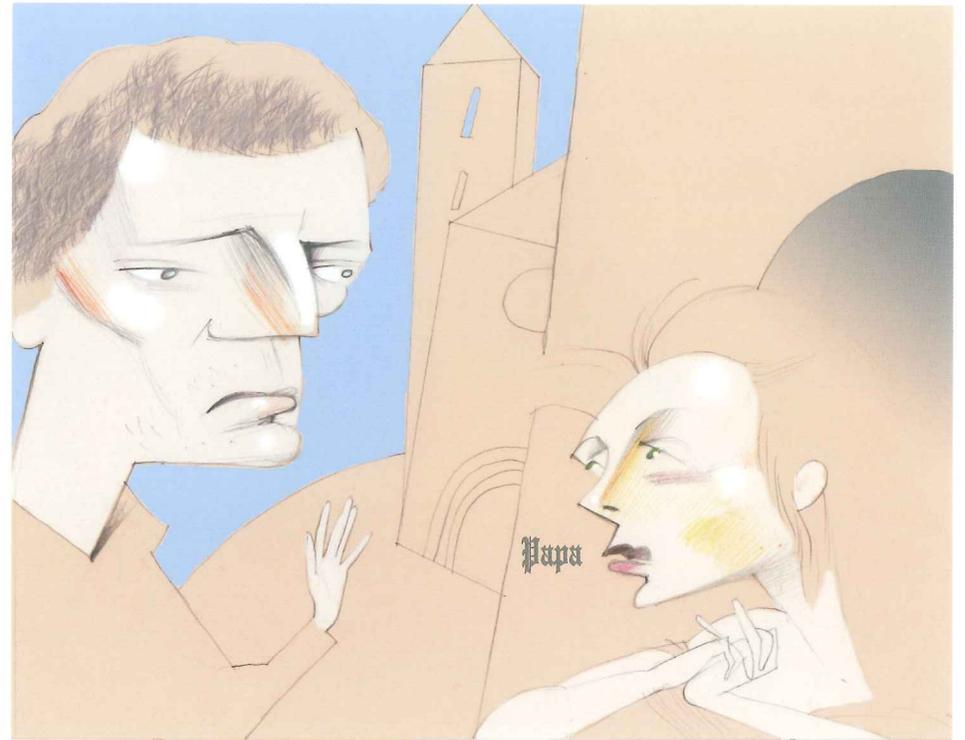


Los Luna eran muy poderosos y peleones. Por eso, quizás, caían como moscas. El primer Luna cayó en Jaca luchando contra los navarros, otro murió en la conquista de Calahorra, cinco más fueron decapitados por Ramiro II el Monje en la famosa Campana de Huesca...

Sin embargo, Juan Martínez de Luna logró sobrevivir a tan terrible destino, se casó con María Pérez de Gotor y tuvo varios hijos. Al segundo le llamaron Pedrito.



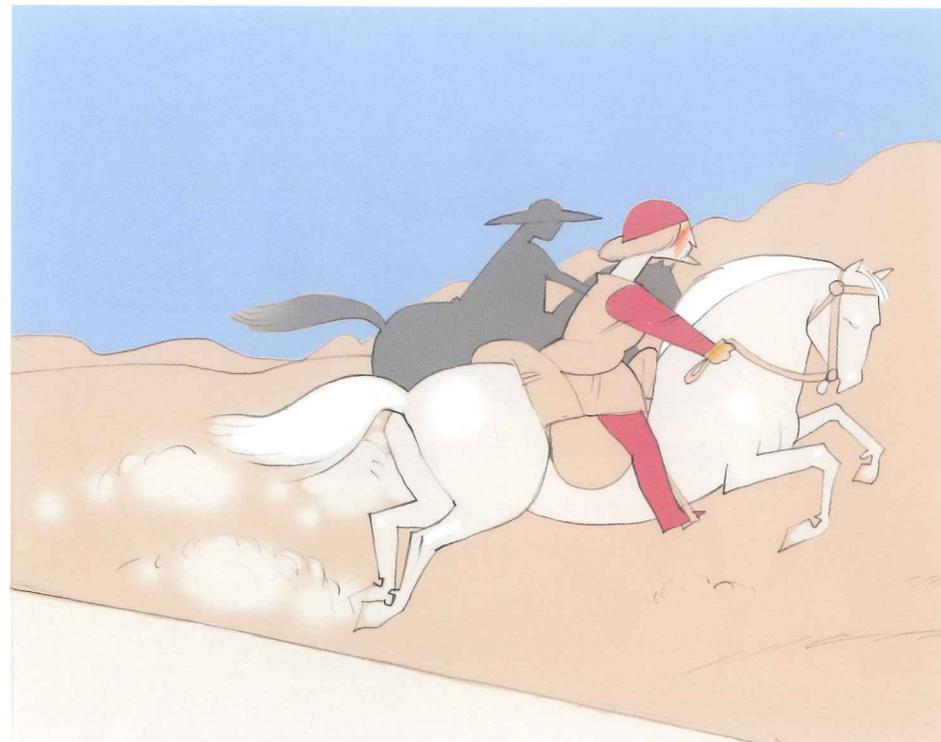
Pedrito nació en el castillo de Illueca, no se sabe cuándo. Era un niño muy rico pero muy esmirriado. Desde su más tierna infancia aprendió a vivir como un señor, con profesores particulares que le enseñaban a leer, a contar, a cazar y a mandar.



Fue a la Universidad de Montpellier, donde los hijos de los nobles vivían como reyes, estudió Derecho Canónico y se quedó como profesor de Decretales. En el santuario de la Magdalena, una penitente visionaria le auguró que sería papa.



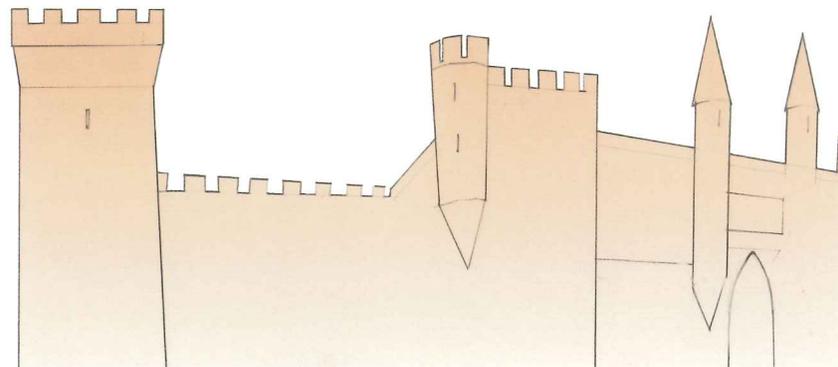
Gracias a su enorme talento y a sus enchufes, fue canónigo de Vic, Tarragona y Huesca, arcediano de Tarazona, prepósito de Valencia y qué sé yo cuántas cosas más. Como todas le producían muy buenas rentas, don Pedro vivía como un cura.



Un día que descansaba en Illueca, llegó al castillo Enrique de Trastámara, perseguido por los ejércitos de Pedro el Cruel, que le habían derrotado en la batalla de Nájera, y Pedro de Luna le acompañó de incógnito hasta el Pirineo para que escapase a Francia.



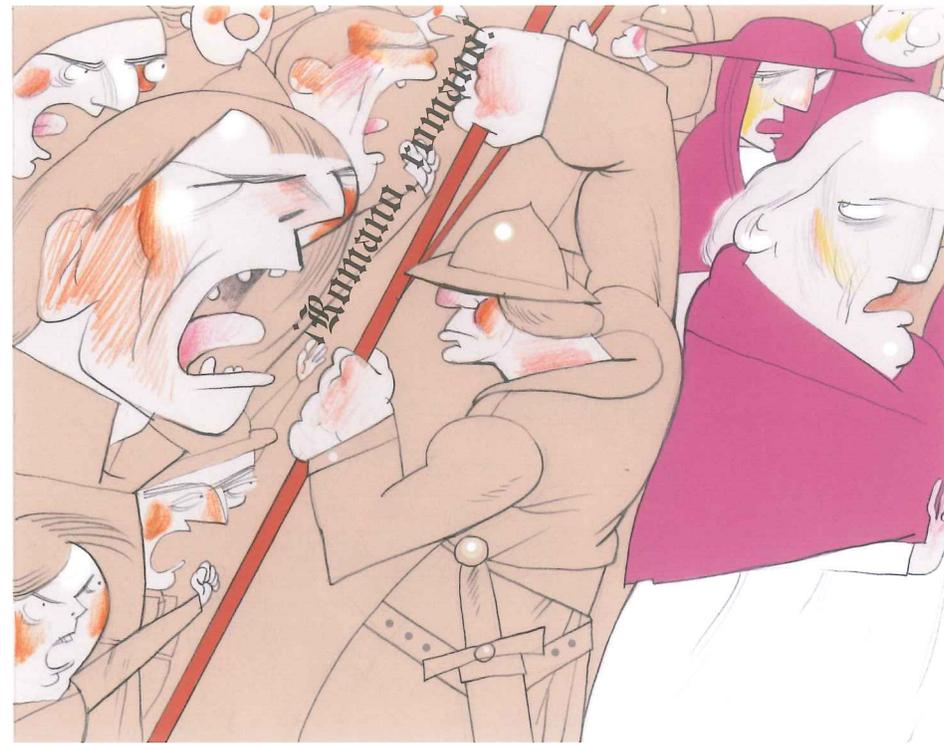
Otro Pedro, Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragón, no paraba de dar la brasa al papa Gregorio XI para que nombrara cardenal a un aragonés. Por no oírle más, el papa nombró a Pedro de Luna cardenal diácono de Santa María de Cosmedin, en Roma.



Muchos años antes, al papa Bonifacio VIII se le había ocurrido decir que los nobles y los reyes tenían la obligación de obedecerle y los nobles y reyes más cercanos le sacaron de palacio a bofetadas. Desde entonces, los papas vivían en Aviñón, que era un estado pontificio más seguro, hasta que con la Guerra de los Cien Años dejó de serlo y el papa Gregorio XI decidió volver a Roma en compañía del cardenal aragonés.



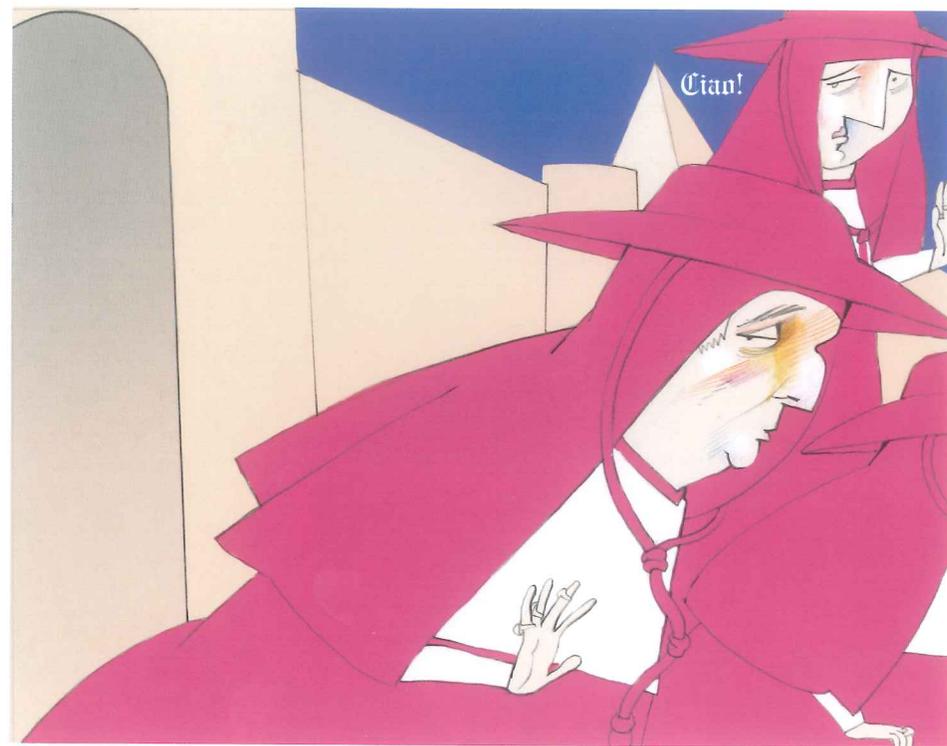
Pero allí también había guerra y el papa empezó a soñar con su querida Aviñón. Los romanos, que eran un poco brutos y no querían perderse el chollo de la corte papal, intentaron retenerle asesinandole. No lo consiguieron pero murió del disgusto.



Quando los cardenales fueron a elegir nuevo papa, los romanos les advirtieron a grito pelado de que si nombraban a uno de fuera les cortarían la cabeza. Muertos de miedo, los cardenales nombraron a uno de Bari, que estaba cerca.



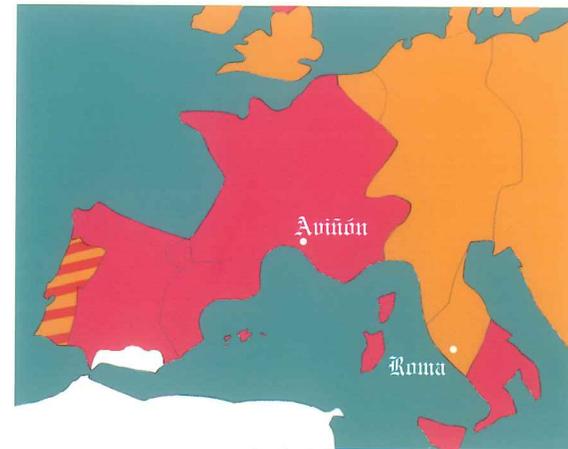
A Bartolomé Prignano, el nuevo papa Urbano VI, se le subió la tiara a la cabeza desde el primer día y no hacía más que meterse con los cardenales que le habían elegido. Nadie sabía si era un ataque de locura o es que hasta entonces había sido un mego.



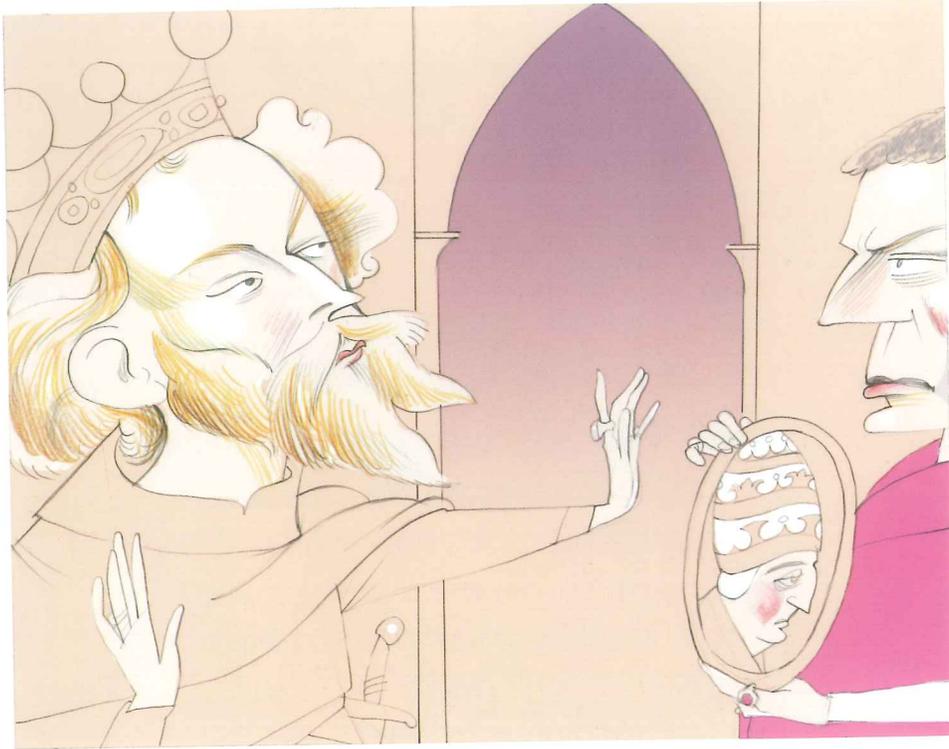
Los cardenales se hartaron y empezaron a dudar de que la elección del papa hubiese sido válida, habiendo votado bajo amenaza de muerte. El papa también amenazó con matarlos. Uno tras otro, los cardenales abandonaron Roma y se reunieron en Anagni.



El papa, por no quedarse solo, nombró veintinueve nuevos cardenales. Los viejos cardenales nombraron entonces un nuevo papa, Roberto de Ginebra, que decidió llamarse Clemente VII. Es lo que se conoce como Gran Cisma de Occidente.



Los dos papas empezaron a competir para conseguir el apoyo de las distintas monarquías europeas. El papa Clemente nombró a Pedro de Luna legado suyo para los reinos de Aragón, Castilla, Navarra y Portugal, con poderes excepcionales. En el mapa se ve cómo se dividieron al final los reinos europeos.



Pedro de Luna no consiguió que el rey de Aragón apoyara a Clemente VII, porque prefería ser neutral y ahorrarse los impuestos que pagaba a los papas; pero en Castilla logró convencer a Juan I, en la Asamblea de Medina del Campo.



No pudo convencer a Carlos II el Malo de Navarra, que también se apuntó a la neutralidad, y a Fernando I de Portugal tuvo que convencerle varias veces porque tan pronto pensaba una cosa como otra. "Me va a volver loco", decía don Pedro.



Pero aún tuvo tiempo para apañar la boda de Juan I de Castilla con Beatriz de Portugal, crear la facultad de Teología en la Universidad de Salamanca, echarse de ayudante a San Vicente Ferrer y sobrevivir a un rayo que le cayó en Illueca mientras cenaba.



Al morir Pedro IV de Aragón, don Pedro convenció a su sucesor, Juan I, de que apoyase a Clemente VII y, de paso, liberase a su madrastra, la reina Sibila. Poco después, conseguía que también Navarra se dejara de neutralidades y zarandajas.



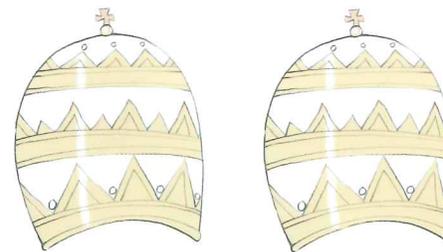
Urbano VI, que ya se había cargado a algún cardenal, tuvo suerte y se murió antes de que lo mataran a él. A los pocos días, los cardenales que habían sobrevivido eligieron como sucesor a Pietro Tomacelli, Bonifacio IX.



Mientras tanto, Pedro de Luna volvió a Aviñón con los deberes hechos y el papa Clemente le nombró legado en Francia, Flandes e Inglaterra. Don Pedro de Luna empezó a visitar a los elegantes duques de Gloucester, Lancaster, Berry y Borgoña.



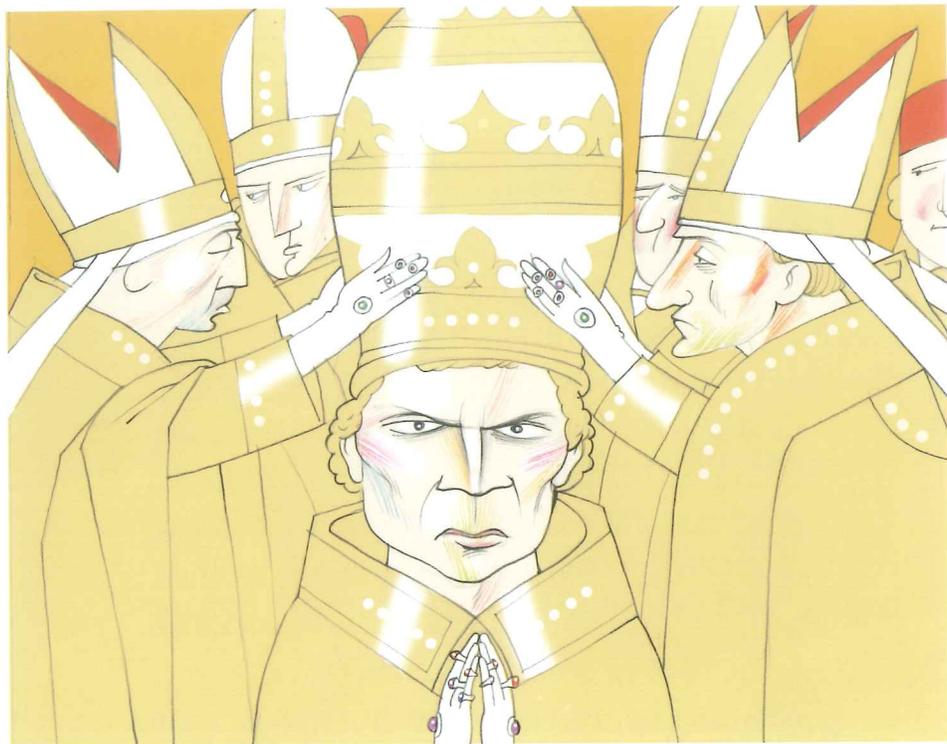
Los cardenales, muertos de envidia, se chivaron a Clemente VII de que don Pedro pretendía quitar a los dos papas para ponerse él. Clemente VII empezó a mosquearse. Don Pedro, harto de intrigas, se retiró a su palacio de Reus. Poco después, moría el papa.



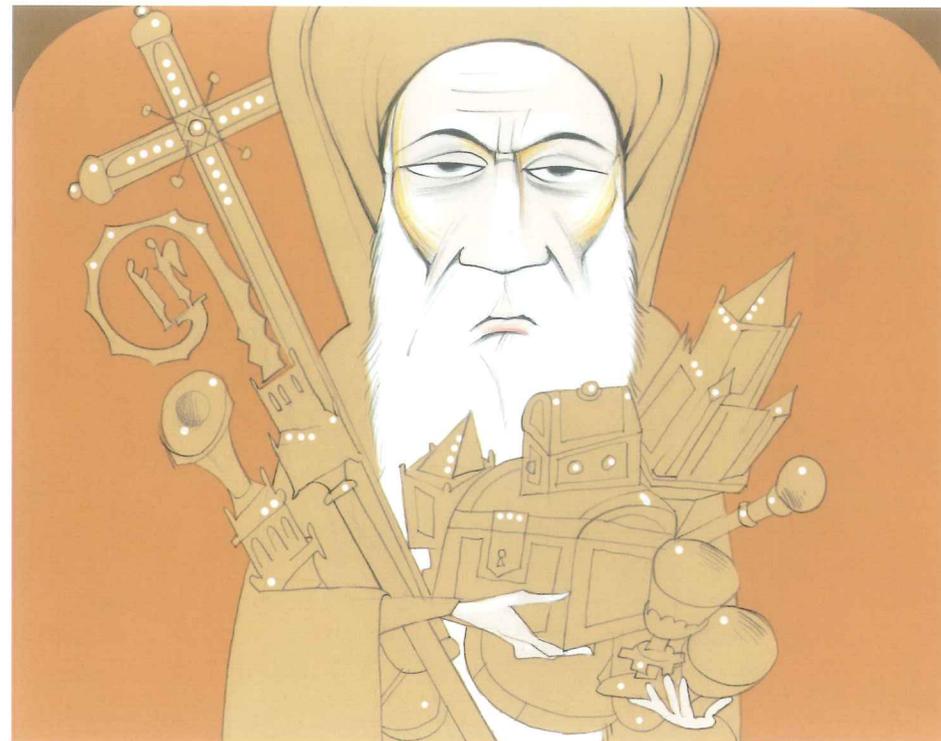
Los cardenales, reunidos de nuevo, no sabían qué hacer para acabar con el Cisma.

Tras sesudos estudios de los eruditos, encontraron tres posibles vías de solución: *Via cessionis* (renuncia de los dos papas y elección de uno nuevo) que era la que apoyaba Pedro de Luna, *via compromissi* (sometimiento de los dos papas a un tribunal de arbitraje) y *via concilii* (convocatoria de un concilio que decidiese). ¿Cuál era la mejor?

Fuera cual fuese, todos juraron que intentarían acabar con el Cisma por una u otra de estas vías.



Después votaron y salió elegido papa, por unanimidad, don Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. Como sólo era diácono, hubo que ordenarle sacerdote a toda prisa y consagrarle obispo para poderlo coronar.



Medio mundo se alegró muchísimo de su elección. El aragonés Juan Fernández de Heredia, maestre de Rodas, que estaba en posesión de todas las riquezas que los papas habían ido empeñando, se las devolvió sin cobrarle un euro.



Los franceses seguían estudiando las vías para acabar con el Cisma y encontraron una nueva: la *via facti* (hacerle la guerra al papa de Roma) que no acabó de cuajar. De las otras tres vías, la única posible parecía ser la *cessionis* (la renuncia de los dos papas).



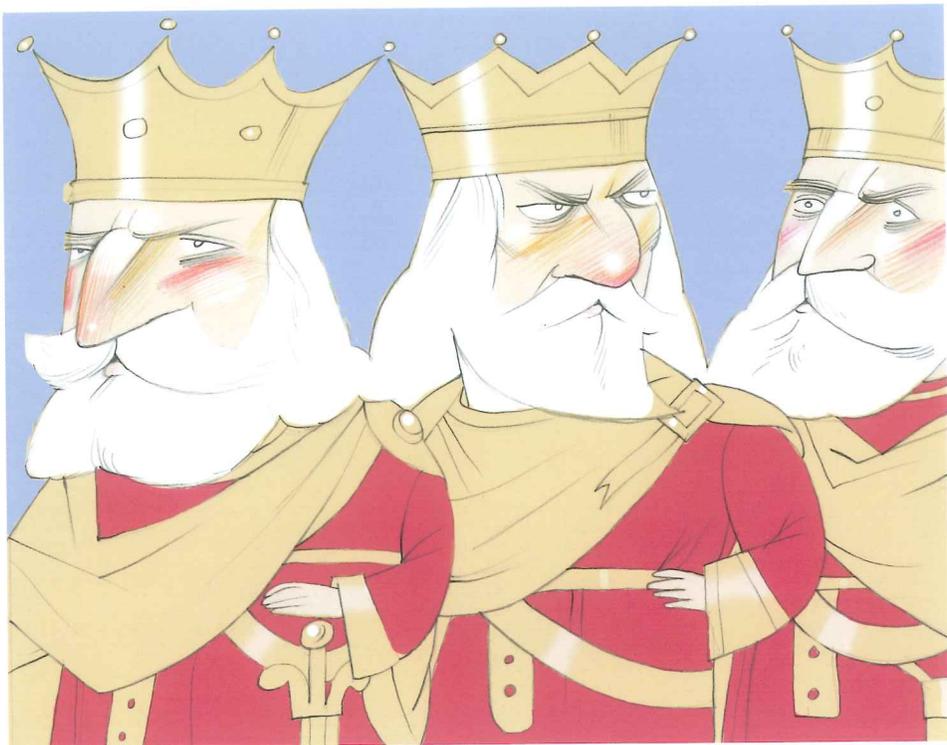
Así que enviaron la embajada de los tres duques al Papa Luna para comunicárselo y pedirle su dimisión. Pero el papa había descubierto la *via iustitiae* (entrevistarse personalmente con el otro papa y convencerle de que el auténtico era él) y pasó de ellos.



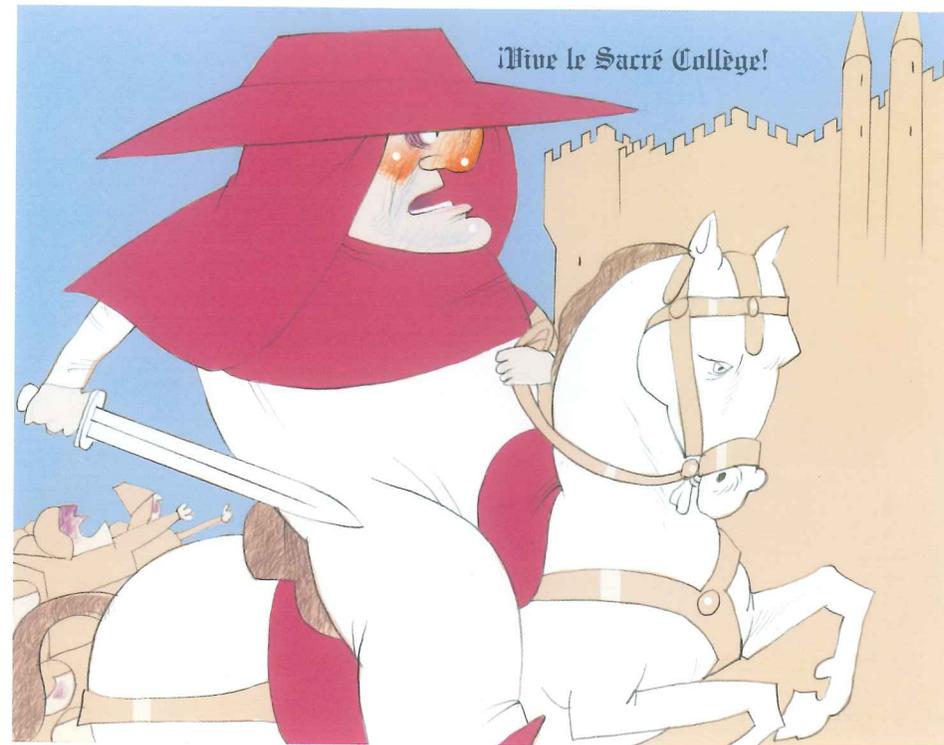
Los duques buscaron el apoyo de los cardenales, los cardenales lanzaron incendiarios sermones *sur le pont d'Avignon*, el *pont* acabó incendiado por los fieles, el papa ordenó hacer uno de barcas y los tres duques se fueron por él echando chispas.



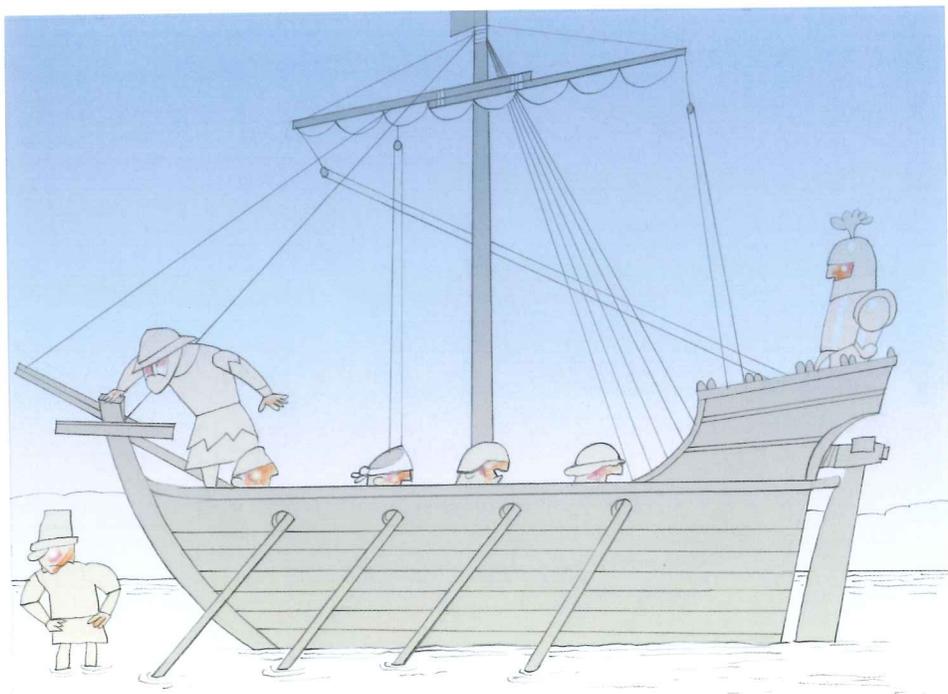
Francia organizó entonces la embajada de los cuatro reyes, contando con los de Inglaterra, Castilla y Aragón. Pero, Martín I de Aragón, que pasaba por allí, se acercó a saludar al Papa Luna y se quedó mes y medio. Fue el principio de una gran amistad.



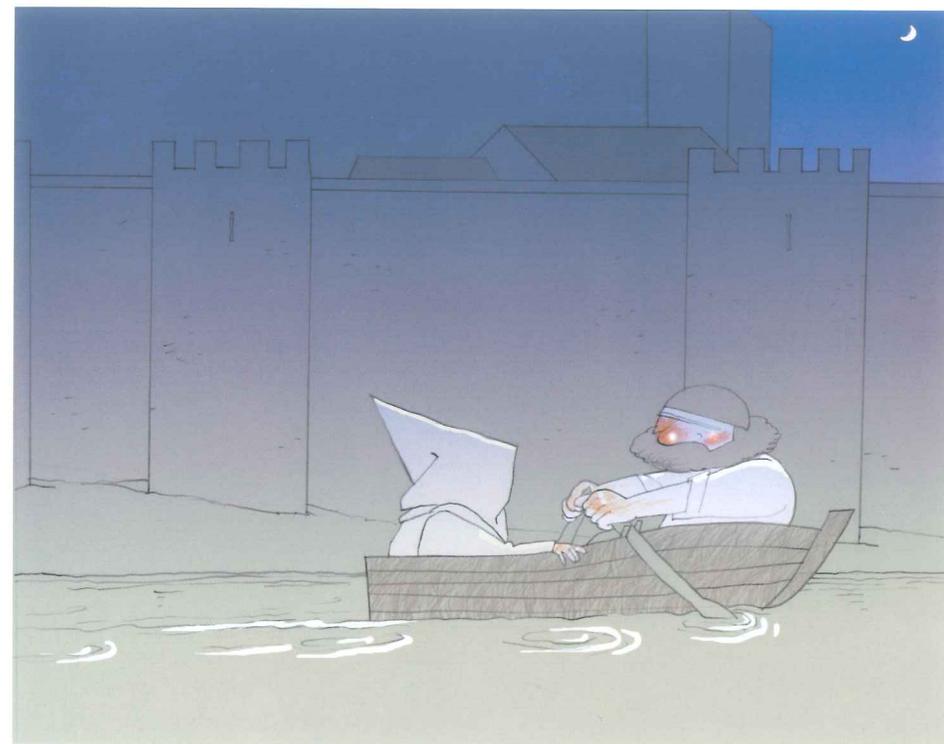
Después llegaron los reyes de Francia, Inglaterra y Castilla y el Papa Luna les escuchó como quien oye llover. Muy ofendidos, los tres reyes le retiraron su apoyo. También le abandonaron dieciocho cardenales, llevándose el sello papal.



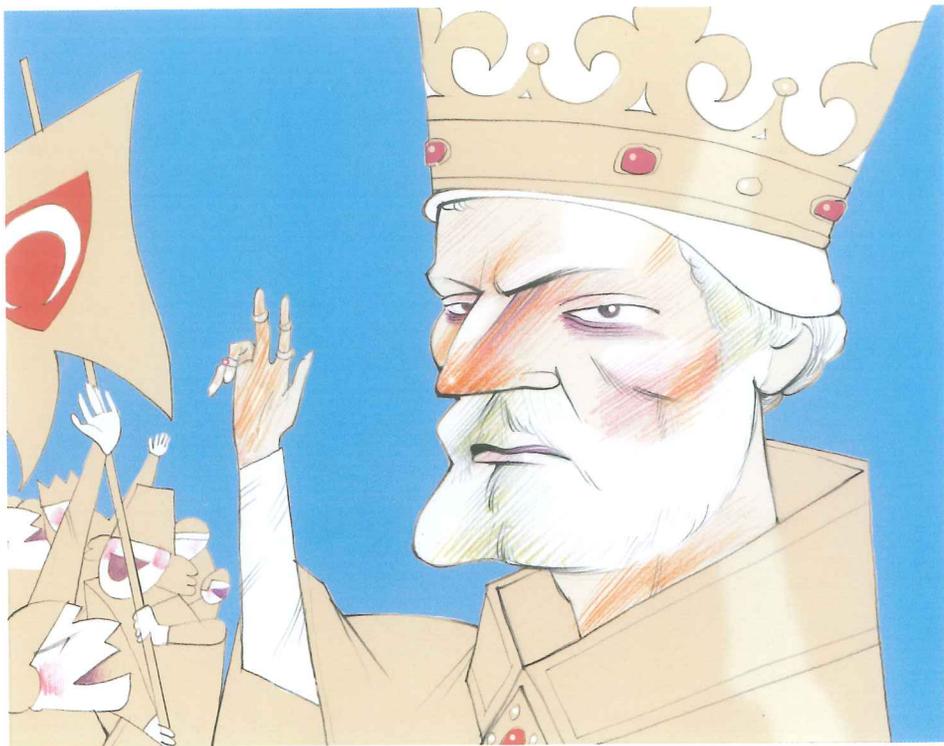
Los franceses, dispuestos a convencerle por la *via facti*, asaltaron el castillo de Aviñón. El cardenal Neufchâtel animaba a la población a rebelarse contra el papa, que ya se había atrincherado en el castillo con 275 fieles y todos los víveres que pudo conseguir.



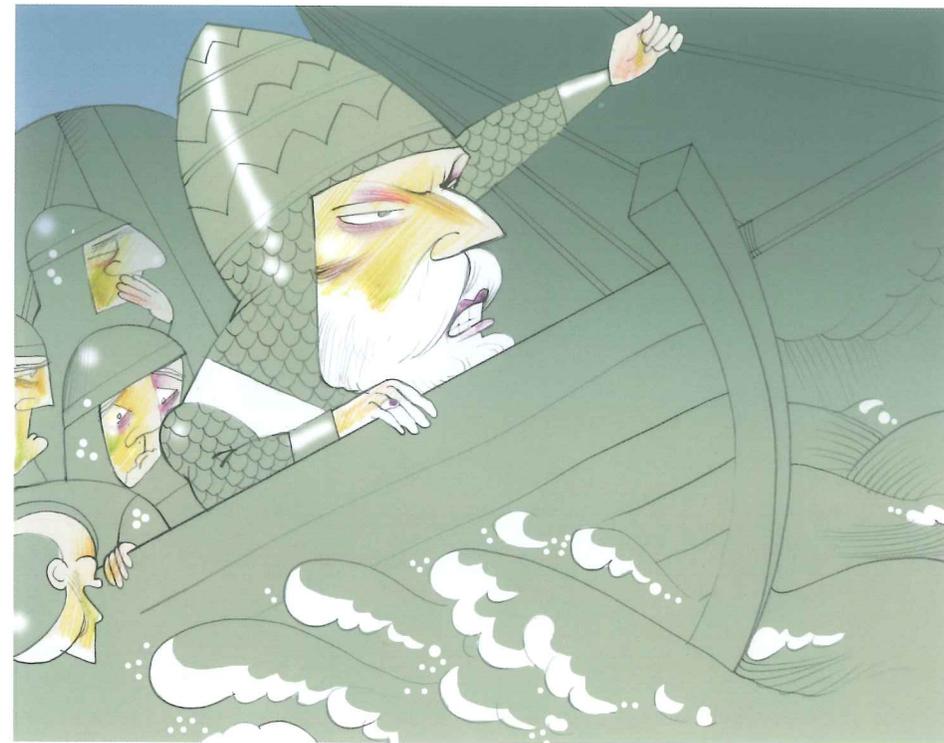
Empezaron los combates y el papa, herido leve, pidió ayuda a su amigo Martín. El rey de Aragón le envió dieciocho galeras que subieron remando por el Ródano hasta que la poca profundidad del río les impidió continuar y decidieron volver.



Pasaron cuatro años y todo seguía igual. Excepto que se había ido San Vicente Ferrer porque no soportaba la violencia. Una noche, el Papa Luna salió por un boquete de la muralla disfrazado de cartujo, llegó al río y huyó en una barca que le esperaba.



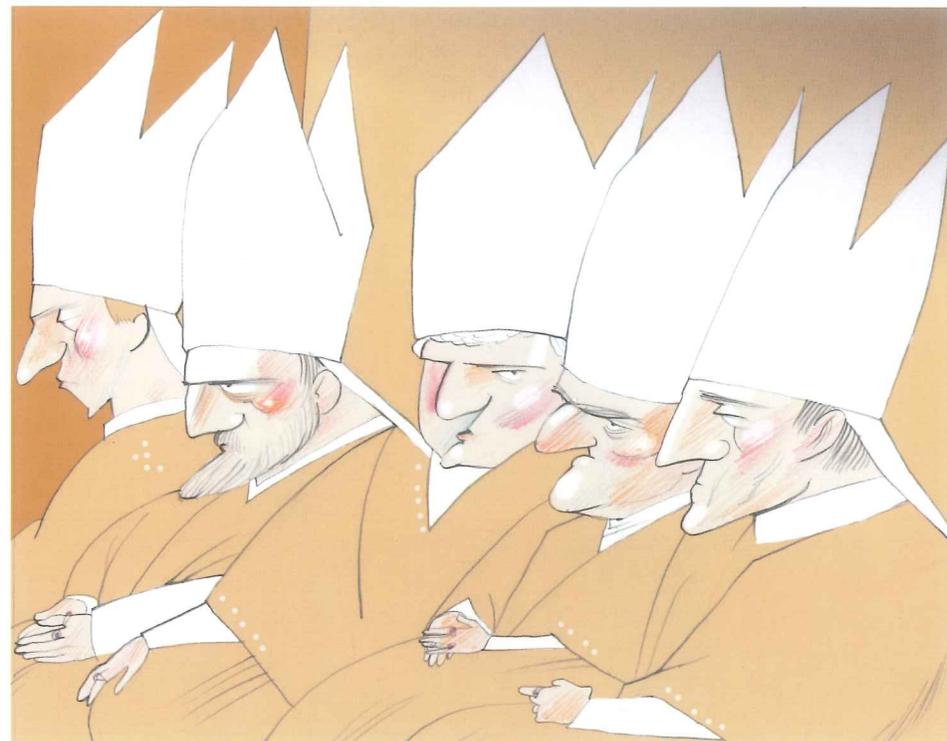
Y entonces, sin comerlo ni beberlo, se encontró con el apoyo y el reconocimiento de medio mundo. Para corresponder a sus numerosos admiradores, se mostró magnánimo y generoso con todos los que le habían traicionado.



Después intentó la *via iustitiae* con Bonifacio IX pero se le murió antes de quedar. Le sucedió Cosmato de Migliotari, Inocencio VII. El Papa Luna preparó una expedición militar para acercarse a verlo, pero las tormentas y la peste se lo impidieron.



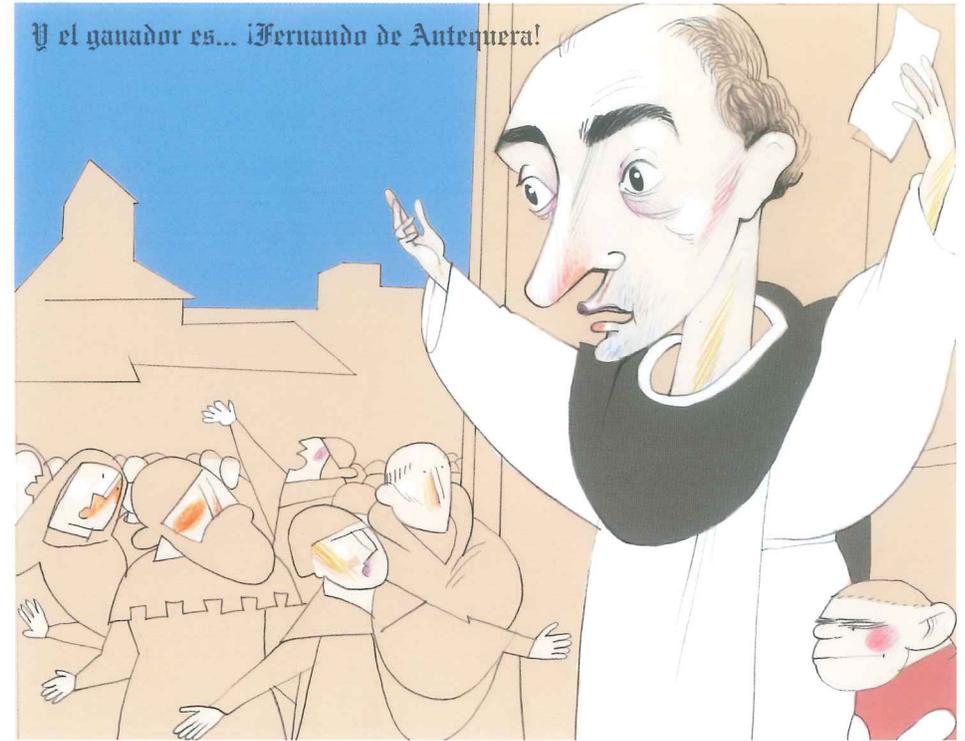
Murió Inocencio VII y le sucedió Angelo Correr, Gregorio XII. El Papa Luna le propuso un encuentro y quedaron en Savona. Gregorio XII cambió la cita siete veces. El Papa Luna acudió en vano a Portovenere, Pietrasanta, Carrara, Lucca, Livorno, Pisa y Siena.



Después de hacer semejante ridículo, convocó el concilio de Perpiñán para reafirmar su legitimidad mientras, en el concilio de Pisa, los franceses la ponían en duda. Le acusaban de cismático, hereje y nigromante. A Gregorio XII sólo le acusaron de ladrón.



Destituyeron a los dos y ninguno hizo caso. Entonces eligieron papa a Pietro Filargi, que se llamó Alejandro V. Murió al año y le sucedió Baltasar Cossa, Juan XXIII. Con un papa en Aviñón, otro en Roma y otro en Pisa, la gente suspiraba: ¡Jesús, María y José!



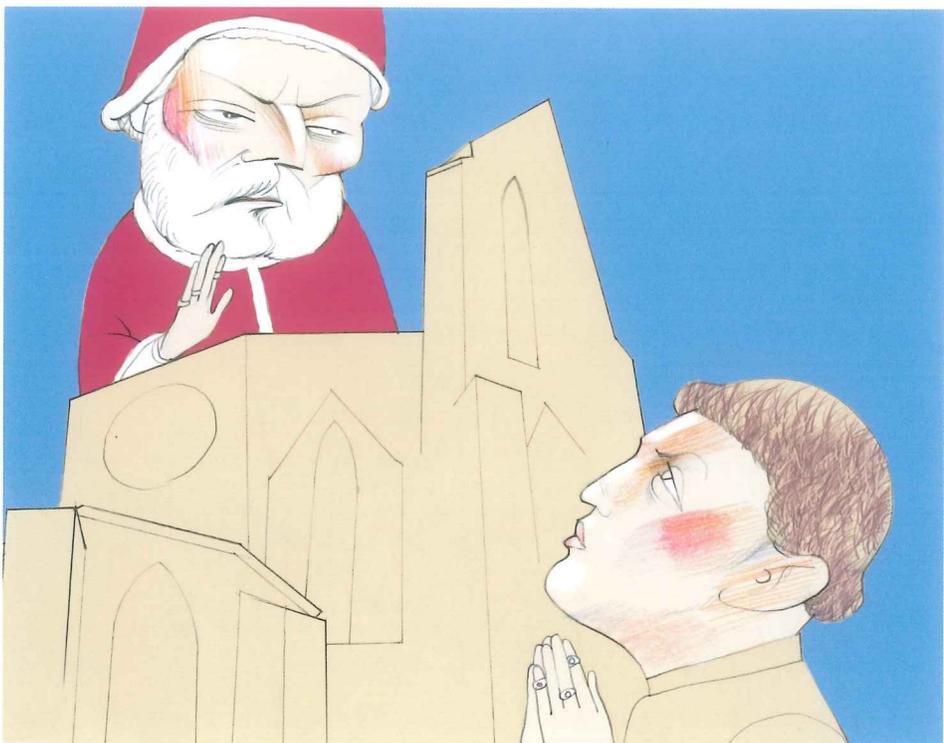
Para acabarlo de arreglar, Martín el Humano, el mejor apoyo del papa, murió sin sucesor. El Papa Luna consiguió que la sucesión se decidiese en el Compromiso de Caspe y que se eligiese a su candidato favorito, el castellano Fernando de Antequera.



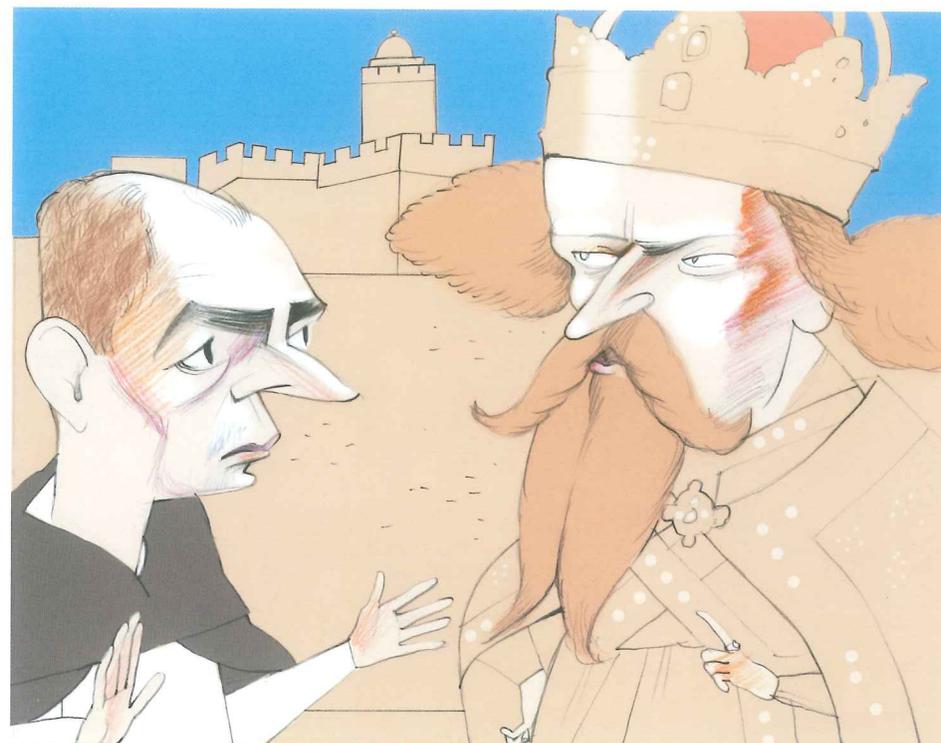
En aquellos tiempos, los cristianos no podían ver a los judíos ni en pintura. En Sevilla, por ejemplo, asesinaron a 4.000 de una tacada. Los judíos, muertos de miedo, se convertían al cristianismo sin que San Vicente Ferrer tuviera que insistirles demasiado.



El papa, para ganar popularidad, convocó la Controversia de Tortosa, en la que cristianos y judíos discutieron libremente sobre sus respectivas creencias, y publicó sus conclusiones en la bula *Etsi doctoribus*, que convirtió la vida de los judíos en un infierno.



Entre tanto, se había convocado el Concilio de Constanza. El Papa Luna y el rey de Aragón se reunieron en Morella para buscar una posición conjunta. El rey creía que lo mejor era que Benedicto XIII dimitiera. "Lo que más te va a durar", le dijo el papa.



Los reunidos en Constanza ya habían conseguido que renunciase Gregorio XII y Juan XXIII y el emperador Segismundo viajó hasta Perpiñán buscando la renuncia del que faltaba. San Vicente Ferrer profetizó que todo se arreglaría en un santiamén.

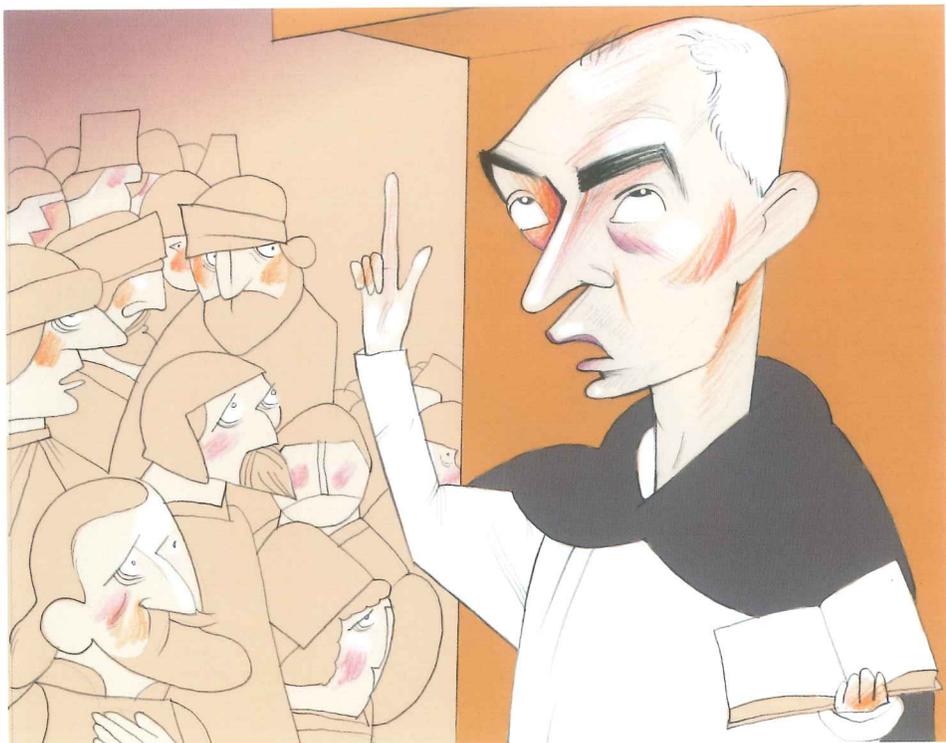


Pero el Papa Luna les endilgó un discurso de siete horas demostrando que él era el verdadero papa y el único cardenal elegido antes del Cisma que quedaba vivo, por lo que era el único autorizado para elegir otro papa o para elegirse a sí mismo.



*¡Me, qui te feci, missisti  
in desertum!*

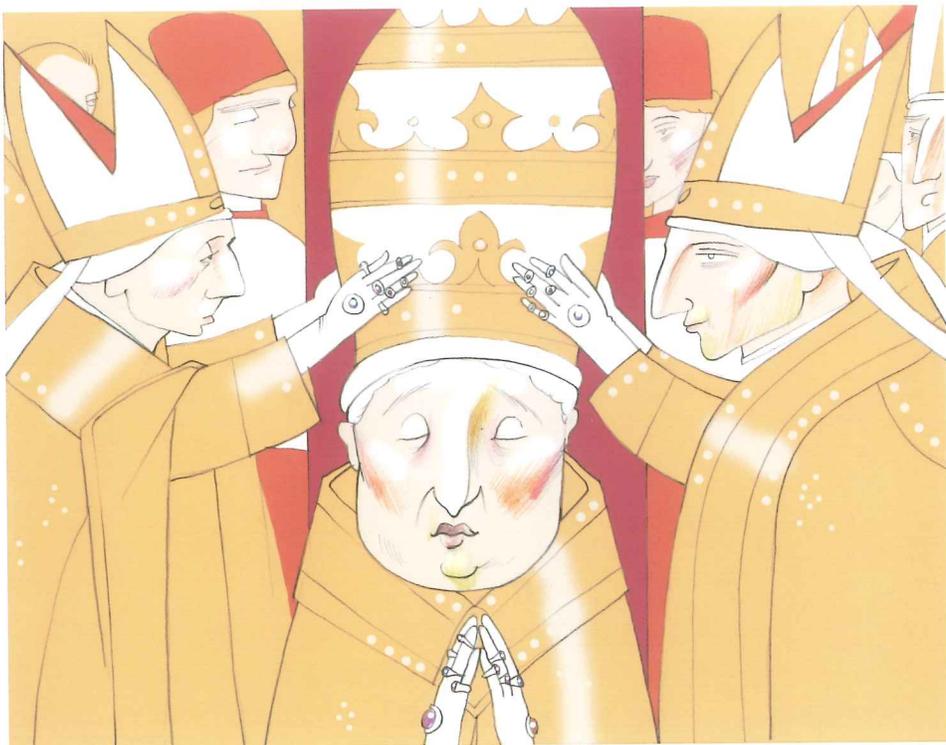
Fernando de Antequera, a punto de morir, mandó embajadores rogándole que renunciara de una puñetera vez. Dicen que el papa, desde el barco que le llevaba a Peñíscola, les dictó un mensaje para el rey: "A mí, que te hice, me envías al desierto".



Los reyes de Aragón, Castilla y Navarra decidieron dejarlo por imposible en un acto en el que San Vicente Ferrer proclamó ante diez mil personas que había que obedecer a Dios antes que al papa. Ni corto ni perezoso, el Papa Luna los excomulgó a todos.



Aún le enviaron dos monjes benedictinos desde Constanza para insistirle por última vez. "He aquí los cuervos del concilio", dicen que dijo el Papa Luna. También dicen que uno de ellos pensó: "Por eso acudimos al olor a muerto".



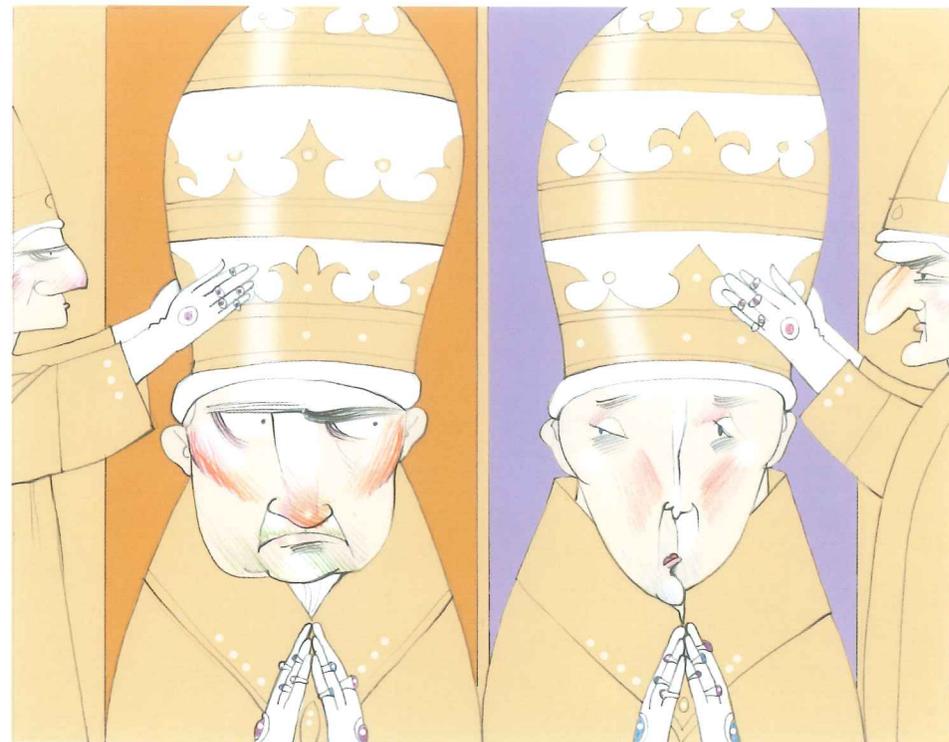
Los monjes se volvieron a Constanza sin haber conseguido convencerle y el Concilio le declaró contumaz, perjuro, escandalizador, hereje, repudiado y desgajado. Y nombró a Otón Colonna nuevo papa con el nombre de Martín V.



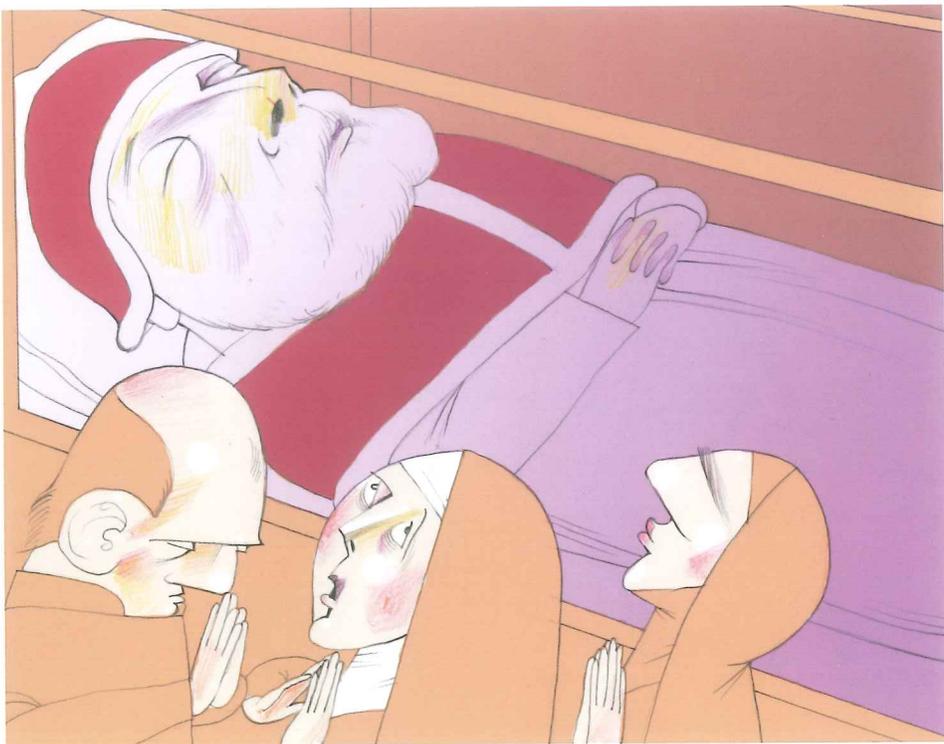
Recluido en Peñíscola, el Papa Luna seguía en sus trece. El legado del papa Martín, el cardenal Alamano de Adimari, que ya no aguantaba más, intentó envenenarle con unos pasteles. El papa se pasó varios días vomitando y siguió tan pito.



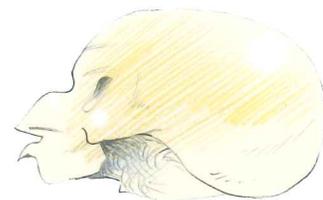
Tras años y años de soledad en el castillo de Peñíscola, el Papa Luna nombró cuatro cardenales y se murió. Unos dicen que tenía 94 años, otros dicen que no, que 80 y vas que te matas. Los cuatro cardenales ocultaron su muerte varios meses.



Después, tres de ellos nombraron papa al trolense Gil Sánchez, Clemente VIII, y el cuarto eligió a un francés amigo suyo que se hizo llamar Benedicto XIV. Semejante cachondeo duró poco. En 1429 se daba por concluido el Gran Cisma de Occidente.



Al año siguiente, fue desenterrado el Papa Luna para trasladar sus restos a Illueca y se descubrió que el cuerpo seguía intacto y olía divinamente. Se le instaló en su palacio, dentro de una urna de cristal, en la misma sala en la que había nacido.



La gente, impresionada, empezó a venerarlo como a un santo. Hasta que un cisterciense escandalizado rompió la urna a garrotazos y se acabó el culto.

A principios del siglo XVIII, las tropas de Felipe de Anjou ocuparon el castillo, tiraron la momia al río y sólo se pudo recuperar la cabeza.

En el año 2000, la calavera fue secuestrada en Saviñán pero la policía pilló a los ladrones *in fraganti*.

De momento, y hasta que llegue otro aventado, la calavera sigue guardada en el palacio de Saviñán.

También nos quedan algunas de las obras de arte que financió el Papa Luna, aunque la mayoría han desaparecido: el cimborrio de la Seo de Zaragoza, que se hundió en el siglo XV; San Pedro de Calatayud, que se derribó en 1856; el busto-relicario de Santa Engracia, que se cree que fundieron los franceses durante los Sitios de Zaragoza...

Se conservan en la Seo los bustos-relicario de San Valero, San Vicente y San Lorenzo y otras importantes piezas de orfebrería religiosa. También se conservan ornamentos suyos en la Catedral de Valencia, en la de Tortosa y en el Monasterio de las Santas Creus. Se conserva, además, la parte del claustro de la catedral de Huesca que se llegó a terminar.

De su importantísima biblioteca de libros religiosos, clásicos y contemporáneos (Dante, Bocaccio, Petrarca), se conservan algunos ejemplares en la Biblioteca del Vaticano, en la Biblioteca Nacional de París, en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la Biblioteca del Monasterio del Escorial y en otras ilustrísimas instituciones.



Busto-relicario de San Valero

## Cronología

- 1328 ó 1342. Nace en Illueca.
- 1348 ó 1362. En la Universidad de Montpellier, como alumno y como profesor.
- 1352. Muere su padre, Juan Martínez de Luna.
- 1367. Desde Illueca, acompaña a Enrique de Trastámara hasta el Pirineo.
- 1375. Gregorio XI le nombra cardenal diácono de Santa María in Cosmedin.
- 1377. Acompaña al Papa en su regreso a Roma.
- 1378. Interviene en las dos votaciones de Urbano VI y Clemente VII que dan origen al Cisma.
- 1379. Clemente VII le nombra Legado para los reinos ibéricos. Vuelve a Aragón.
- 1380. Llega a Castilla. Apertura de la Asamblea de Medina.
- 1381. Castilla proclama su obediencia a Clemente VII.
- 1383. Gestiona la boda de Juan I de Castilla con Beatriz de Portugal.
- 1386. Testigo en Estella de los acuerdos castellano-navarros.
- 1387. La Corona de Aragón reconoce a Clemente VII.
- 1388. Convoca un concilio castellano en Palencia.
- 1390. Asiste a la coronación de Carlos III el Noble en Pamplona. Navarra, con Aviñón.
- 1393. Clemente VII le nombra Legado en Flandes, Francia e Inglaterra.
- 1394. En Reus. Elegido papa en Aviñón con el nombre de Benedicto XIII.
- 1395. Recibe la embajada de los tres duques.
- 1397. Recibe en Aviñón a Martín I de Aragón y la embajada de los tres reyes.

- 1398. Francia y Castilla le retiran la obediencia. Asedio a su palacio.
- 1399. Intento fracasado de liberación.
- 1403. Fuga de Aviñón. Nueva obediencia de Castilla y Francia.
- 1404. Envío de embajadores a Bonifacio IX. En Niza.
- 1405. Viaje a Génova y Marsella.
- 1407. Acuerdo para encontrarse con Gregorio XII en Savona.
- 1408. Llega a Porto Venere.
- 1409. Concilio en Perpiñán. En Barcelona.
- 1410. Viaje a Zaragoza por la muerte de Martín el Humano.
- 1411. Viaje a Peñíscola.
- 1412. Publica la Bula del Compromiso de Caspe.
- 1413. Preside en Tortosa la Disputa.
- 1414. En Morella y Valencia.
- 1415. Bula "Etsi doctoribus". Entrevista en Perpiñán con el emperador Segismundo y con Fernando I de Aragón. Se retira a Peñíscola.
- 1416. Aragón, Castilla, Navarra y Foix le retiran la obediencia.
- 1417. El Concilio de Constanza le depone como Papa.
- 1418. Los cardenales y obispos aragoneses le abandonan. Intentan envenenarle.
- 1422. Nombra cuatro cardenales.
- 1422 ó 1423? Muere en Peñíscola.
- 1430. Trasladan sus restos a Illueca.



Este librito se terminó de imprimir el día 5 de abril de 2006,  
festividad de San Vicente Ferrer, presbítero  
y confesor del papa Luna.



9 788496 457157



xordiqueta



**iberCaja**

Obra Social y Cultural